

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.^o
N.º 32.—5 Agosto 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Salon de la Real Armería de Madrid.

SUMARIO.

Últimos cantos: poesías de don Juan Güell y Renté, por don Juan Miguel de Losada (artículo tercero).—Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Un consejo (poesía), por don Ramon Real de Mendoza.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuacion).—A Valencia (poesía), por doña Emilia Serrano de Wilson.—Historia de un puñal corso, por don E. Comas y Soler.—Las hadas y sus hechizos, cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento segundo).—San Pedro en la prision.—La rosa y el tulipán (poesía), por don J. Garcia de la Foz.

LÁMINAS. Salon de la Real Armería de Madrid.—San Pedro en la prision.—La Concepcion.

ÚLTIMOS CANTOS.

POESÍAS DE DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Un tomo en 4.º Edicion de lujo. Madrid 1859.

ARTÍCULO TERCERO (1).

Nos ocuparemos, para terminar, de aquellas piezas mas notables, y veremos por el análisis, que los defectos en que

(1) En nuestro artículo anterior, plana primera, columna tercera, línea última, donde dice: «y como en la oda *retiene la poesia su firmeza primitiva.*» léase: «y como en la oda *retiene la poesia su forma primitiva.*» etc. etc.

incurre el señor Güell son muchas veces hijos de la fecundidad de su númen. A Píndaro, de tan sublime ingenio, tan feliz en las descripciones, tan enérgico y sencillo, se le acusa de abstruso, de amigo de intercalar en sus composiciones historias exóticas al asunto principal, y hasta de oscuro en los conceptos.

A Horacio, que segun los maestros, juntó á la entonacion épica la gravedad de los pensamientos, se le tacha de afectado y violento cuando aspira á ser grandioso. Citamos á estos patriarcas de la literatura clásica, porque en ellos ha estudiado Güell, y son sus versos los versos que recita con mayor delicia.

No puede exigirse al poeta una correccion que solo existe en las obras de la naturaleza. Entre los bucólicos, Garcilaso es, con frecuencia, prosáico: Valbuena, que tiene rasgos inimitables en sus églogas, es, no solo descuidado en la versificacion, sino hasta vulgar, como al decir:

«Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche, y espiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.»

Pues ese mismo autor sabe pintar de este modo:

«Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.»

Ese, que decía:

«Cogida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura,
De tiernas uvas de color de grana.»

ese nos presenta uno de sus pastores satisfecho y con el estómago aforrado de migas. ¿Quién pudiera creer que don Francisco de la Torre, que con tanto talento sabe espresar el sonido de la significación de las palabras, fuera tan descuidado algunas veces como uno de esos versistas zurcidos de frases campanudas? Pues el que hablando de un árbol nos lo presenta estremeado por el aura, de tal manera que se palpa el movimiento

De su bella corona, sacudida
Mansamente del aire regalado,
Y...
Ya se mira en el agua y se retira;
Y luego vuelve y otra vez se mira,

ese mismo nos dice, en la égloga á Tirsi:

«¿Qué cruda furia triste
Persigue mi sosiego
Talando á sangre y fuego
El real de mi pecho saqueado, etc.»

No tratamos, con los precedentes ejemplos, de persuadir al lector que los defectos en que Güell incurre no son tales defectos, porque otros poetas los presentan mayores, y esos poetas han conquistado el respeto de la posteridad; no, es que la crítica tiene que ser indulgente cuando medite que, al decir de un sábio de nuestros días, «en la naturaleza física y moral lo deforme está al lado de lo bello como la sombra junto á la luz; no mostrará completa la obra de Dios quien la presente por su parte brillante.» Aunque se nos arguya «que la imitación de la naturaleza es tanto mejor cuanto mas se sabe escoger lo bello, no sirviéndose de lo feo sino para dar realce á la hermosura,» contestaremos: que el hombre es por naturaleza orgulloso; que aspira siempre á la perfección, y cuando no la alcanza es, no por culpa de su voluntad, sino de la limitación de sus facultades perceptivas. Exigir que un autor sea intachable, es exigir del hombre la perfección que moralmente no tiene. Así es que, ante los malos efectos de la crítica, preguntaba el P. Codorniu: «¿en qué puede consistir que debiendo ser la salud de todas las ciencias y artes se haya convertido en enfermedad de la república de las letras?» El mismo escritor se contesta reseñando los males, que son: «capricho, inconstancia, tema, adhesión, displicencia, rusticidad, mordacidad, indocilidad, temeridad, extrañeza ridícula, solapada envidia.» Y tacha «á los que se desdennan de abrir libros, suponiendo que no traen cosas dignas de saberse; á los que solamente los ojean y se creen doctos; á los que no hallan ninguno bueno; á los que alaban un día lo que vituperan otro; á los que, pagados de la opinion propia, cierran los ojos á la evidencia; á los que, preocupados de su escuela, no ven sino ficciones en la contraria; á los que, satisfechos de su saber, ó por envidia del ageno, jamás leen libro que les agrade; á los que mojan la pluma en hiel, sin reparar en que la urbanidad es la mas hermosa gala del sábio; á los que leyendo, no atentamente, sino con intención farisáica, se parecen á los gatos, que nada tocan sin que no lo arañen; á los que muestran la torpe ambición de extender su fama por medio de la arrogante maledicencia; á los que se escandalizan de todo plagio, y tienen por tal que un autor hermosee su libro con cláusulas ó parciales discursos de otros, cuya lectura sería inútil sino se pudiera tocar en ellos mas que en los dineros de un avaro, y, en suma, á los que quieren conquistar á costa agena lo que no pueden alcanzar con el caudal propio.» El sábio preceptista quiere en el crítico «buen entendimiento; pide que sea sutil sin travesura, sagaz sin malicia, juicioso sin inconstancia, resuelto con precaución; quiere que tenga copia de literatura, no en títulos y pergaminos, sino en moneda positiva, juicio perspicaz, discretivo, sólido, sosegado y circunspecto: pide que el crítico no lea nunca de corrida para juzgar, porque se trata de la honra de un escritor, y el asunto requiere madurez y seso: exige que se admita lo bueno entre lo mejor, porque tambien entre «la régia pompa de las rosas y claveles alegre ver el alef, la violeta y otras flores de menos gallardía.»

Tan sabios consejos, no olvidando lo humilde de nuestra razon, hemos tenido presentes para calificar al señor Güell.

Era preciso que cantara á COLON. Las cenizas del grande hombre fueron trasladadas de la Isla de Santo Domingo á la Habana cuando los negros se posesionaron de aquella floreciente porción del Nuevo-Mundo. En el presbiterio de la catedral de la Habana están colocadas en humilde nicho labrado en la pared. Verdad es que España no ha consagrado á la memoria de COLON el monumento público que merece, pero verdad es tambien que no le necesita quien vive en la memoria de las generaciones que le sucedieron y vivirá en las futuras, no por virtud del recuerdo que España le consagra, sino por virtud de su talento inmortal y de su empresa sin segunda (1). Güell penetró

(1) La modesta ciudad de Cárdenas, en la isla de Cuba, tiene encargada una estatua del célebre navegante á nuestro amigo don José Piquer: este se encuentra actualmente en Roma, donde fundirá en bronce su magnífico trabajo. El almirante, admirablemente modelado, está de pie, en actitud de desembarcarse de un manto

en la catedral de la Habana; cuando elevó á Dios sus oraciones, creyó ver la augusta sombra del héroe, y

«De improviso las bóvedas temblaron;
Las efigies sagradas se movieron;
Las luces de la iglesia vacilaron;
Las losas sepulcrales se partieron;
Del coro las salmodias resonaron;
Las torres con pavor se estremecieron...»

Cuenta, con facil éstro, las pasadas amarguras del náuta sin rival, y despues de presentarle vencedor de la presuntuosa ignorancia que quiso poner diques al torrente de su genio, esclama:

«Así el condor del colombiano mundo
Dejando el nido por la vez primera,
En los cercos del astro rubicundo
Fija del ojo la pupila fiera,
Y levantando en pos vuelo profundo,
Rompe el azul de la brillante esfera,
Y con sus fuerzas escalando el cielo,
Donde el ojo clavó pone su vuelo.»

Como el plan del navegante era

«Descubrir un mundo
Perdido entre las nieblas de occidente,»

robustecía mas y mas con los obstáculos aquel sueño feliz

Que de COLON en la estudiosa mente
Creció robusto, y se extendió coloso
Del ígneo polo al setentrion pluvioso.»

«Salieron á la mar las carabelas.»

Por fin despues,

«Saluda el mar las atrevidas naves
De Palos al dejar la hermosa falda,
Mientras que dulce con sus manos suaves,
Teje el alba á COLON blanca guirnalda...»

«De COLON la gallarda carabela
Al récio viento desplegó sus linos;
Dejaba un iris de brillante estela,
Dejaba copos de jazmin divinos...»

El poeta, retrotrayendo los tiempos, quiere que asistamos con él á la representación del mas grandioso de los dramas científicos, y nos conduce á contemplar al navegante:

«Era una tarde espléndida y hermosa:
Colon sentado en el castillo estaba,
Cuando aroma suavísimo de rosa
Los pliegues de su frente embalsamaba:
En su mapa la vista codiciosa
A letargo profundo se entregaba,
Mientras las quillas por la mar corrian
Cual aves que sus nidos entrevian,»

Mas hé aquí, que, un grande suceso acontece:

La Pinta voladora el curso pára;
Sus velas terciá, su pendon tremola,
Y con estruendo, del cañon dispara...

¿Qué pasa? ¿qué novedad detiene los veleros pinos? Colon despierta de su abstraccion, y

«¡Tierra! le grita el marinero y ¡tierra!
Repite el monte y la escarpada sierra.»

Hé aquí, en tan fáciles é inocentes versos, recordado un gravísimo acontecimiento, gérmen fecundo de sinsabores para el héroe, merced á la envidia y la calumnia, inseparables compañeras del mérito.

«Cuando Colon, dice A. de Humboldt, se dirigia hácia el Oeste partiendo del meridiano de las Azores, y provisto del astrolabio recién perfeccionado á la sazón, recorría un mar por nadie explorado hasta entonces; no iba, en guisa de aventurero, á buscar por el Poniente la costa oriental de Africa, sino que obraba en virtud de un plan fijo y determinado. Es indudable que llevaba á bordo la carta de marear que le habia dado en 1477 el médico y astrónomo florentino Paolo Toscanelli, y que cincuenta y tres años despues de su muerte conservaba aún Fr. Bartolomé de las Casas...»

«Sin embargo, si Colon se hubiera guiado únicamente por la carta de su consejero Toscanelli, habriase dirigido á las Azores, y no que, con la esperanza de llegar mas pronto á Cipango (el Japon) recorrió la mitad de su camino á la altura de la isla de la Gomera, una de las Azores, é inclinándose en seguida hácia el Sur se encontró el 7 de octubre de 1492 á las 23° 42' de latitud. Inquieto porque no descubria entonces las costas de Cipango, que segun sus cálculos hubiera debido hallarlas 216 leguas marinas mas hácia el Este, cedió despues de una larga resistencia á las instancias de Martin Alonso Pinzon, y navegó hácia el Sudoeste. El descubrimiento de la isla Guanahani, hecho el 12 de octubre, se debió á este cambio.—Siento una inspiración que me ilumina, decía Pinzon al almirante, y me muestra el rumbo que debemos seguir.—Por eso sostenía, en el célebre proceso contra los herederos de Colon—(1513-1515), que solo á él pertenecía la gloria del descubrimiento de América. Aquella revelación, aquella voz del corazón, debíala Pinzon á una nube de papagayos que á la caída de la tarde habia visto volar hácia el Sudoeste, y que él creyó irian á pasar la noche en los matorrales de la costa. Jamás un simple vuelo de pájaros tuvo mas graves consecuencias, pues de este, bien puede decirse que de-

que le adorna, y al levantar una de sus estremidades, replegando la tela, descubre el Nuevo-Mundo.

En estos últimos días han dicho algunos periódicos extranjeros y nacionales, que en Roma se trataba de principiar el proceso de beatificación del ilustre marino, «á cuya memoria, dice un diario ministerial, no se ha erigido aun una estatua en uno de los principales sitios públicos de la capital de la monarquía.»

¿Qué indirecta!

ocidió de las primeras colonias del Nuevo continente y de la primitiva distribución en él de las razas germánicas y latinas (1).»

Cuando Güell nos pinta á Colon fija en su mapa la vista codiciosa, nos recuerda toda una historia de dolores, todo un mundo de ideas, todo un mundo de amargas consecuencias que tuvieron origen en la insistencia de Pinzon, envidioso de la gloria del descubridor. El poeta, corriendo prontamente un velo sobre esos fúnebres recuerdos, se complace y complace al lector diciéndole: que, á la voz de tierra,

«Del golfo cristalino los jardines
Al grito voceador se estremecieron,
Cantaron las sirenas y delfines;
Las palmas sus penachos sacudieron;
De España se ensancharon los confines;
Las cruces de Pelayo se tendieron...
¡Tierra! clamaron los piélagos profundos
Y ¡tierra! resonó por ambos mundos.»

Luego, cuando nos habla de Cuba, la personifica en una de aquellas deidades que el paganismo creó para simbolizar la belleza de las formas, y la perla de las Antillas aparece á nuestros ojos

«Sentada sobre el lecho de los mares
Y al regalado beso de la brisa,
Con la frente ceñida de palmares
Cuba mira á Colon con blanda risa.
Brinda su rico seno de azahares,
Al español que sus riberas pisa,
Y viste perlas, por mayor decoro
Sus pies calzando con chaguales de oro.»
«Arrebatado el almirante besa
De la indiana beldad la suave planta;
Su pecho misterioso se embelesa;
El rubor sus mejillas abrillanta;
Olvida el riesgo de su noble empresa,
Y dueño solo de belleza tanta,
Volviéndose á la gente que acaudilla
Se la entrega á la reina de Castilla.»

Dos octavas bellísimas. Hubiéramos deseado encontrar en esta composición una de esas pinceladas poéticas que emplea el señor Güell en otras de sus producciones y que retratan la naturaleza de aquella tierra en que, al decir de Colon, es tan impenetrable la espesura de las selvas, «que es punto menos que imposible distinguir qué hojas y qué flores pertenecen á cada tronco.» El almirante, que tenia fuerte imaginación poética, á la vista de aquella fertilidad, de aquel lujo de vegetación, se entusiasmaba como un adolescente; y, atento observador de aquellas vírgenes regiones, el sentimiento de la naturaleza arrancaba de su alma los melancólicos suspiros que lanza el corazón cuando se siente fuertemente impresionado ante los cuadros de la creación. Él se habia quedado estático de felicidad en presencia de aquellas palmas (la orodoxea régia), superiores á las orientales y africanas en pompa y altura, y «mas bellas que las que producen los dátiles.» Él vió pinos y palmeras en una misma llanura, y escribió á la corte: «El atractivo de este nuevo país es superior á la campiña de Córdoba, con tanta diferencia como tiene el día de la noche... Estaban todos los árboles verdes y llenos de frutas, y las yerbas todas floridas y muy altas. Los aires eran como en abril en Castilla; cantaba el ruiseñor y otros pajaritos como en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulzura del mundo. Un día llegué á una bahía profunda y cerrada por todas partes, en la cual ví lo que jamás hasta entonces humanos ojos habian visto, y fué: un singularísimo puerto y unas tierras hermosas á maravilla, así como una vega montuosa dentro de estas montañas, donde hay pinos y palmas y otros árboles de diversas formas, todos cubiertos de flores, y salen por ella muchas riberas de aguas que descienden de estas montañas. Andando por ella, fué cosa maravillosa de ver las arboledas y frescura, y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que me parecia que no quisiera salir de allí; y que para hacer relacion á los reyes de las cosas que oía, no bastáran mil lenguas á referirlo, ni la mano para lo escribir, que me parecia que estaba encantado (2).»

Ercilla, aunque sin entusiasmo poético, le tuvo cuando se sentia arrebatado de admiración en presencia de aquel mágico panorama cubierto con tan espléndido cielo; cielo en donde resplandece la magnífica Cruz del Sur, nunca vista por los europeos, y que á él, «acabada la primavera de su vida, instruido, harto tarde, despidiéndose de las cosas de la tierra y decidido á llorar y á no cantar mas» le hizo exclamar, dirigiéndose al monarca:

«Climas pasé, mudé constelaciones,
Golfos inevitables navegando,
Estendiendo, Señor, vuestra corona
Hasta la austral frígida zona.»

Alude aquí Ercilla á esa «cruce maravillosa, mas bella que cuantas constelaciones brillan en la bóveda celeste,» de que habla con calor el florentino Corzali, y que Amerigo Vespuccio contempló asombrado, regocijándose ante «las cuatro estrellas, que solo la primera pareja humana pudo divisar (3).»

En el próximo número terminaremos el juicio crítico de este interesante libro.

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

(1) Irwing dice que si hubiese Colon seguido navegando hácia el Oeste, sin hacer caso de los consejos de Pinzon, hubiera entrado en la corriente de agua caliente, (Gulf Stream) y se habría visto conducido á la Florida y de allí quizá al Cabo de Hatteras y á la Virginia; circunstancia cuya trascendencia es incalculable, porque la región que hoy designamos con el nombre de Estados Unidos habria podido tener una población española y católica, en lugar de la inglesa y protestante que la ocupó mucho despues.

(2) Navarrete, Colección de los viajes que hicieron por mar los españoles, tom. I, págs. 43 y siguientes.

(3) Aludiendo á los versos del Dante (Purgatorio, canto I) que dicen:

REVISTA DE MADRID.

Ultima mano al eclipse.—Filosofía.—Regiones celestes.—Madrid reducido al tamaño de un polvo de salvadera.—Un látigo para Price.—Hermann.—Noticia anticipada.—Hasta la vista como se despedían dos ciegos.

Sr. D. Ramon Real de Mendoza.

Mi querido amigo: Esta sí que no es una de esas revistas que no hay con que llenar: dentro de ella está el eclipse, que por manoseado que ande siempre se prestará á comentarios.

Un asunto tal y que tanto llena, fácilmente llenará, aunque sea de sombra mi epístola ó una gran parte de ella. Y á mí me enaltece darle la última mano como si fuese mi mejor amigo; que al fin, ser amigo de la luna y del sol es casi casi ser su igual y estar á su altura, y como el hombre generalmente aspira á elevarse en alas de la fama hasta los cuernos de aquella, el ser considerado con fundamento un luminoso astro, llena su ambición, y por ende esto mismo supera la mía.

Pero hablemos formalmente. Esta clase de espectáculos, no mas grandes sin embargo que el que constantemente vemos al admirar el sol y los demás planetas, por lo poco comunes escitan nuestra curiosidad y nos llevan á consideraciones que sino olvidásemos, nunca alzaríamos nuestra vista del suelo humillados ante tanta y tan infinita magnificencia; mas el hombre á todo se habitúa, y tengo para mí que sino variásemos de condicion al pasar los umbrales del cielo, era de temer que aun allí hubiera quien se aburriese de puro hastío.

En resolucion; un eclipse nos recuerda nuestra pequeñez, que sabemos olvidar perfectamente, y por esta y otras razones es verdaderamente un grande acontecimiento. Y vió V. el interés con que todos le contemplaban con tantos humos? Pues ha de tener V. entendido que de todos aquellos curiosos, si hubiera habido que prescindir de un par de horas de sueño, muy pocos se tomarán semejante molestia. Y digo esto, porque la noche en que se recibió la noticia de la toma de Tetuan, tuve el gusto de ver á las dos y media de ella un eclipse casi total de luna, espectáculo no menos curioso y digno de admirarse; y entretanto, los madrileños dormían, escepto los que estuvieran desvelados, como lirones.

Al contemplar la sublimidad de un eclipse, calculo lo que soy relativamente ante tanta grandeza y me encuentro impalpable, tan diminuto que cabria holgadisimamente por el ojo de una aguja por pequeña que fuese.

Sino dígame V.: puesto que el sol, la luna y los demás planetas serán con relacion á Dios lo que unas cuantas naranjas chinas con relacion á nosotros, y puesto que proporcionalmente la tierra será del tamaño de una nuez, Europa que es una pequeña parte de esta nuez, vendrá á ser menor relativamente que un guisante; España será relativamente tambien como una cabeza de alfiler buen mozo, y Madrid como un polvo de salvadera.

Pues el mas empinado habitante de esta célebre córte ¿qué vendrá á ser? Que lo calcule él y todos los que de algo presumen, y si entienden su pequeñez se reirán de sus vanidades, y por posicion, talento ó riquezas que posean, no osarán alzarse un palmo de la tierra.

La tierra: yo creo que la tierra es una escupitina de Dios, cuya parte líquida es el mar.

Vea V. como yo tambien tengo mis sombras y perfiles de filósofo. V. no me conocia por este lado. Yo soy como las piedras preciosas por lo mucho que valgo, y por mis diferentes fases brillantes.

«Io mi volsi a man destra, é posi mente
All'altro polo, é vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch'alla prima gente,

le atribuyó alguno el espíritu profético que solo han tenido los enviados de Dios. Humboldt dice, que Dante no tenia menos erudicion que imaginacion, y procurando desvanecer las dudas que acerca de las «quattro stelle» se han suscitado por algunos comentadores del gran poeta, explica: «que para comprender bien todos los términos de la cuestion, es preciso comparar los versos «Io mi volsi, etc.» (Purg., canto I, vs. 22-24.) con los pasajes siguientes: «Purgat., I, 37; VIII, 35-93; XXIX, 121; XXX, 97; XXXI, 106, é Inferno, XXVI, 117 y 127.» Añade: «que el astrónomo milanés de Cesaris creia que las tres facelle, «di che'l polo di qua tutto quanto arde» y que se ponen cuando salen las cuatro estrellas de la Cruz, eran Canopo, Achernar y Folmarhaut; que el misticismo religioso y filosófico que penetra y vivifica la inmensa composicion del Dante, asigna á cada objeto una existencia ideal al lado de una existencia real ó material, viniendo así á representar dos mundos, de los cuales el uno es el reflejo del otro. En el órden moral, el grupo de las cuatro estrellas representa las virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y merecen por lo mismo el nombre de luces santas (luci sante). Las tres estrellas «que iluminan el polo,» representan las tres virtudes teologales; Fé, Esperanza y Caridad. Los primeros de estos seres nos revelan la dualidad de su naturaleza cantando: «Aquí somos ninfas, y en el cielo estrellas:» «neî sem qui ninfæ, é nel ciel semo stelle.» En la Tierra de la verdad (Paraiso terrenal), se encuentran reunidas siete ninfas «In cerchio le facevan di sí claustrò le sette ninfæ,» que presentan la reunion de las Virtudes cardinales y teologales. Todo esto es poesía, y dista mucho de los objetos reales del firmamento.—Hasta la ciencia del Blason se enriqueció con un nuevo emblema noviliario: Carlos V concedió al historiador Oviedo un escudo de armas, llevando por emblema las cuatro estrellas de la magnífica Cruz del Sur.—Oviedo, lib. II, cap. 11.—Como en el mes de mayo (día 3) es la fiesta de la Santa Cruz, y en esa época es visible en América la constelacion de que hablamos, se la considera como el signo de la redencion. En la Isla de Cuba se adornan de flores multitud de cruces: en Méjico y Yucatan se sacan en procesion. Hemos creído que la belleza del asunto merecia la molestia que damos al lector con la lectura de esta ligerísima nota.

Pero basta de filosofía, bajemos á la tierra y deme V. un látigo que quiero ir al

CIRCO DE PRICE

donde no entienden de otra cosa, porque las advertencias en castellano las oyen como quien oye granizar (no siempre ha de ser llover.

La pantomima que nos regaló noches pasadas debe de ser original de alguno de la cuadrilla por lo pésima. El público se regocijó... silbándola.

No se fie V. de los anuncios cuando dicen: admirable, sorprendente, maravilloso, aplaudidísimo ejercicio, carrera, salto etc.: los carteles debe dictarlos alguno de la familia, porque á un extraño no se le ocurriria este cúmulo de adjetivos tan contra el octavo mandamiento.

¿Cuándo suprime el señor Price esta farsa? ¿Cuándo suprime tambien El Marinerito, El Valenton del Perchel, Las piruetas sobre dos caballos, (y esto me recuerda á Rocinante, de quien dice Cide Hamete que en su vida supo hacerlas) las escenas de trasfiguracion y otras que no hacen sino aburrir y llenar de tedio á los concurrentes?

Mme. Tampé ha reaparecido como una nueva aurora inspirando tantas simpatías, que en pos de su hermosura se meten los pollos en la cuadra como en su gallinero.

Por lo demás, la señora Kenebel sigue tan exagerada como los carteles, con acciones y gestos, por cierto algo inconvenientes; y sino lo lleva á mal, reñidos con el decoro de su sexo (que llaman débil) y con el respeto que se debe al público: Mr. Bussi con sus juegos malavares no hace sino repetir los tan vistos juegos de bolas, que por las calles hacen sus colegas, acaso con mas acierto, porque en la noche del 31 se equivocó constantemente, sin conseguir poner la bola sobre el palo, cansando al público y defraudándole, pues tiene derecho á exigir habilidades y no fiascos; y esto que lo tenga por suyo el señor Price, que malogra muchas veces las suertes, despues de prolongarlas: las contradanzas á caballo pueden llamarse zambras y ruido y bulla y cuanto el señor Price quiera; pero de cualquier modo serán malas, pesadas y fastidiosísimas.

Los payasos erre que erre. ¡Lástima que exageren y enseñen á exagerar á los pequeñuelos, precisamente en aquellas acciones de menos gracia! El niño que en la noche del 31 estuvo luciéndose, poniéndose de pié sobre la cabeza de otro individuo y ejecutando otros trabajos difíciles, lo echó todo á perder al fin con los movimientos poco decoros que empleó para incorporarse.

La lucha de los volteadores excelente. Por lo demás, el señor Price hace muy bien en llevar el espectáculo á la Plaza de toros á sustituir las mogigan-gas y mamarrachos anteriores. Allí está en su lugar.

En suma, lo mejor, lo bueno es Julio Perez, verdadero diablillo, que dará en el infierno con Mr. Price, á quien parece llamado á oscurecer, cosa no muy difícil, pues éste con su apatía, poco celo y abandono, vá cediéndole el sitio como si fuera su propósito.

La variedad sigue á la puerta, y si acaso, en los espectadores; en el Circo no entra.

Vámonos del Circo, que me pone de mal humor. Vámonos al Prado. ¡Ah! Si yo pudiera revistar todo lo que suele haber por el Prado!

Pero retirémonos tambien de él, que me enoja la idea de que, haciendo yo revistas de Madrid, no me dejen estas niñas revistarlas á mi antojo.

Ya habrá V. visto anunciado en la prensa, que el señor Salas tiene ya formada su compañía de zarzuela con la Ramos, la Mora, la Rivas, la Lesen, doña Ana Rodriguez, doña Matilde Estéban, doña Dolores Custodio y doña Dolores Fernandez, y Obregon, Carbonell, Calvet, Fuentes, Arderius, Moras, Salces, Caltañazor y Galvan.

Puede dudarse de la escritura de doña Ana Rodriguez: la que sí es cierta, aunque nada han dicho los periódicos, es la de la señorita doña Adela Ibarra.

El señor Carbonell es probable que vaya á la Habana. Se habla de otra compañía de zarzuela en el Circo. ¡Dios quiera que no dé un estallido si llega á formarse!

¿No ha vuelto V. á ver á Hermann, mi apreciable maestro? Cada vez mas hábil y con mas nuevas suertes que ejecutar. Es un prodigio.

De fijo que todas las noticias que doy á V., está V. harto de saberlas: yo no tengo la culpa. Además, no las doy, como las que me dan, y no es lo mas sencillo hablar á las gentes, de un modo que no les desagrada, de cosas que ya saben, sin estenderse mas de lo que El MUNDO permite, pues ya dige que el mundo es muy pequeño.

Es un dolor no poder dar una noticia nueva. ¡Ah! Si, puedo dar una con notable anticipacion. El Excmo. señor don Manuel Bermudez de Castro, ha contraido matrimonio con la señorita doña Encarnacion O'Lawlor. Sus hijos, si los tiene, se llamarán probablemente como les pongan en la pila y Bermudez de Castro y O'Lawlor. ¡Que me tome ninguno la delantera! Ni La Correspondencia de España.

Y con esto hasta la vista, como se despedían dos ciegos noches pasadas en la puerta del Suizo.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

UN CONSEJO.

Pues vas á enlazar, Hermógenes, con tus blasones ilustres esa descendencia clásica de la clásica Virtudes; y un consejo sapientísimo me pides con que te ayude

en el laberinto mágico que te anonada y aturde: recibe, pues, mis elásticas ideas, de turbias luces que á tu amor, serán, romántico de claros destellos lumbre. Ya supongo que es estólida tu futura aunque lo encubres, mas sus riquezas pondránle y éstas el talento suben. Cásate, amigo carísimo, y no irreflexivo dudes, que tu nobleza es efímera en el siglo de las luces. Mientras en la luna plácida la miel de bo la os subyugue pendencias no habrá fatídicas que vuestro cariño enturbien: Y si se hastía tu angélico corazon, no disimules, llama á tu muger insípida y vieja, aunque te se atufe. Sus faltas y sobras, midelas por los doblones que abulten tu bolsillo, hoy tan escuálido por mas que en llenarlo estudies. Cásate, pues es magnífico un en'ace que te endulee esas largas horas lóbregas con otros momentos dulces. Si ella á sus caprichos plégase, tu enfado entonces descubre, que ya pagará sus vértigos comprando tu mansedumbre. Cásate, aunque luego indómita se muestre y con ella luches, que tu nobleza es efímera en el siglo de las luces.

RAMON REAL DE MENDOZA.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

VII.

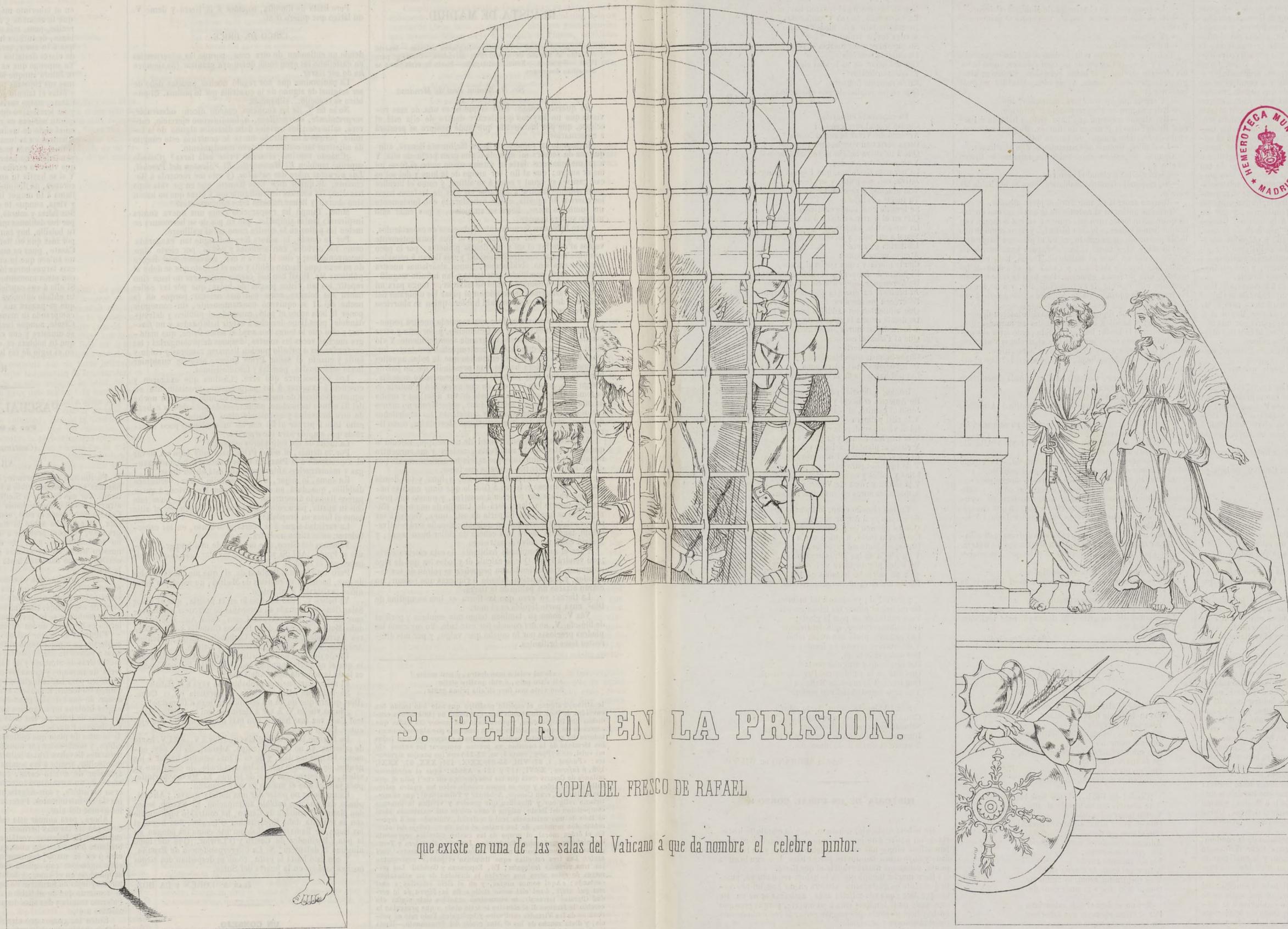
Fácilmente se comprende, que el rumor de semejantes hazañas no se circunscribía á la jurisdiccion de la aldea de Bauso. Por eso en toda la Sicilia no se hablaba más que del atrevido bandido que se habia apoderado de la fortaleza de Castelnuovo, desde la cual, como una águila desde su guarida, se aplanaba sobre la llanura, ora para atacar á los grandes, ora para proteger á los débiles. Nuestros lectores no se asombrarán, pues, de oír pronunciar el nombre de nuestro héroe en los salones del príncipe de Butera, en ocasion en que daba una fiesta en su palacio de la Plaza de la Marina.

Con el carácter que ya conocemos del príncipe, se comprenderá lo que debía ser una fiesta dada por él. Aquella, sobre todo, sobrepujaba todo cuanto la imaginacion puede idear de espléndido. Era una especie de cuento árabe, y por eso su memoria se ha perpetuado en Palermo, aunque Palermo es la ciudad de los encantos.

Figúrese el lector salones espléndidos, enteramente cubiertos de espejos desde el techo al suelo, y conduciendo unos á paseos de parras, de las cuales pendían las mas hermosas uvas de Siracusa y de Lipari; otros á unos cuadriláteros de naranjos y granados en flor y fruto, sirviendo los primeros para bailes ingleses, y los segundos para contradanzas francesas. En cuanto á los walses, se enlazaban alrededor de dos estensas pilas de mármol, de cada una de las cuales brotaba un magnífico haz de agua. De estas diferentes salas de baile partían unas sendas enarenadas con polvos de oro. Estas sendas conducían á un montecillo cercado de fuentes de plata que contenían todos los refrescos apetecibles, y sombreadas por unos árboles, que en vez de frutas naturales llevaban frutas heladas. En fin, en la cumbre del montecillo, frente á las sendas que á él giraban, habia un aparador de cuatro caras, constantemente renovado por medio de un mecanismo interior. En cuanto á los músicos, eran invisibles, y solo llegaba hasta los convidados la armonía de los instrumentos. Parecia aquello una fiesta dada por los genios del aire.

Ahora, para animar esta mágica decoracion, fórmese el concepto de las mas hermosas mugeres y de los mas ricos caballeros de Palermo, vestidos con trages de carácter mas brillante ó mas extraño unos que otros, con la careta en la cara ó en la mano, respirando aquel aire embalsamado, embriagándose con aquella melodía invisible, pensando ú ocupándose en el amor; y todavia se habrá quedado el lector muy lejos de formarse de aquella noche un cuadro igual al recuerdo que de él habian conservado, al pasar yo por Palermo treinta y dos años despues, las personas que habian asistido á él.

Entre los grupos que circulaban por las avenidas y los salones, habia especialmente uno que llamaba con mas particularidad la atencion de la muchedumbre; era el que se habia formado junto á la hermosa condesa Gemma, y que ella arrastraba consigo como un astro á sus satélites; acababa de llegar en aquel momento en compañía de cinco personas que como ella habian escogido el traje de las damas y de los jóvenes señores que en la magnífica página escrita por el pincel de Orgagna en los muros del campo santo de Pisa, cantan y se divierten mientras que la muerte llama á sus



S. PEDRO EN LA PRISION.

COPIA DEL FRESCO DE RAFAEL

que existe en una de las salas del Vaticano á que dá nombre el celebre pintor.

puertas. Aquel traje del siglo XIII, tan sencillo y elegante á la vez, parecia escogido á propósito por Gemma, para hacer brillar la esquisita proporcion de sus formas, y se adelantaba entre murmullos de admiración, guiada por el mismo príncipe de Butera quien, disfrazado de mandarin, la habia recibido á la puerta de entrada y la precedia para presentarla, decia, á la hija del emperador de la China. Como se presumia que era alguna nueva sorpresa preparada por el príncipe, todos seguian á este con afán y la comitiva se iba engrosando. Se detuvo á la entrada de una pagoda guardada por dos soldados chinos, que á una señal dada abrieron la puerta de un aposento enteramente adornado con objetos exóticos, y en medio del cual, sobre un estrado, estaba sentada y vestida con un magnífico traje chino que habia costado seis mil pesos, la princesa de Butera, que salió al encuentro de la condesa seguida de una corte de oficiales, mandarines y magotes chinos, mas brillantes, extravagantes ó bufones unos que otros. Esta aparicion tenia algo de tan oriental y fantástico que toda aquella sociedad, acostumbrada al lujo y á la magnificencia, prorumpió en aclamaciones de asombro. Todos se apiñaban alrededor de la princesa, tocaban su vestido bordado de pedrería, hacian sonar las campanillas de oro de su sombrero puntiagudo, y por un momento las miradas abandonaron á la hermosa Gemma para concentrarse enteramente sobre la señora de la casa. Todos la cumplimentaban y admiraban, y entre los obsequiantes y admiradores mas exagerados se hallaban el capitán Altavilla que el príncipe habia continuado recibiendo á la mesa con gran desconsuelo del cocinero, y que por disfraz, sin duda se habia puesto el uniforme de gala.

—¡Y bien! dijo el príncipe de Butera á la condesa de Castelnuovo, ¿qué decis de la hija del emperador de la China?

—Digo, respondió Gemma, que es una fortuna para S. M. Fernando IV que el príncipe de Carini esté en Mesina ahora, porque segun el corazón que tiene, podria por una mirada de la hija entregar la Sicilia al padre, lo cual nos obligaria á celebrar otras víperas contra los chinos.

En este momento el príncipe de Moncada-Paterno, vestido de bandido calabrés, se acercó á la princesa.

—Me permitirá S. A., como inteligente que soy, examinar ese magnífico traje?

—Sublime hija del sol, dijo el capitán Altavilla designando al príncipe, cuidado con vuestras campanillas de oro, porque os prevengo que os las habeis con Pascual Bruno.

—La princesa estaria tal vez mas segura cerca de Pascual Bruno, dijo una voz, que cerca de cierto Santafede á quien conozco. Pascual Bruno mata, pero no hurta; es un bandido, pero no un ratero.

—Bien respondido, dijo el príncipe de Butera. El capitán se mordió los labios.

—A propósito, dijo el príncipe de la Católica, ¿sabeis su última hazaña?

—¿De quién?

—De Pascual Bruno.

—No: ¿qué ha hecho?

—Ha cogido el convoy de dinero que el príncipe de Carini enviaba á Palermo.

—¡Mi rescate! dijo el príncipe de Paterno.

—Si por Dios; estais consagrado á los infieles.

—¡Diantre! ¡con tal que el rey no exija que se lo entregue por segunda vez! replicó Moncada.

—Tranquílcese V. E., dijo la misma voz que habia respondido á Altavilla: Pascual Bruno no ha tomado mas que tres mil onzas.

—¿Y cómo lo sabeis, señor albanés? dijo el príncipe de la Católica que se hallaba cerca del que habia hablado, el cual era un bello jóven de 26 á 28 años, con el traje de Vena, colonia albanesa que emigró en la toma de Constantinopla por Mahoma II, y que ha conservado religiosamente el traje de sus antepasados.

—Lo he oído decir, respondió al descuido el griego jugando con su yatagan; por otra parte, si V. E. desea noticias mas positivas, hé aquí un hombre que puede darlas.

El que así quedaba indicado á la pública curiosidad, no era otro que nuestro antiguo amigo Pablo Tomasi, quien esclavo de su consigna, se habia hecho conducir luego de su llegada, á casa de la condesa de Castelnuovo, y que no encontrándola en su casa, y sabiendo que estaba en la fiesta, se habia servido de su cualidad de enviado del virey para penetrar en los jardines del príncipe de Butera; en un momento fué el centro de un inmenso círculo y el objeto de mil preguntas. Pero Pablo Tomasi, como ya lo hemos visto, era un valiente que no se asustaba fácilmente; comenzó por entregar la carta del príncipe á la condesa.

—Príncipe, dijo Gemma despues de haber leído la carta que acababa de recibir; no sospechabais que me dabais una fiesta de despedida: el virey me manda ir á Mesina, y como fiel súbdita me pondré en camino mañana. Gracias, amigo mio, continuó, dando un bolsillo á Pablo Tomasi; ahora podemos retirarnos.

Tomasi intentó aprovecharse del permiso de la condesa, pero estaba demasiado bien cercado para tocar fácilmente retirada. Tuvo que rendirse á discrecion, y la condicion de su libertad fué la narracion exacta de su encuentro con Pascual Bruno.

Lo refirió, hagámosle justicia, con toda la sencillez del verdadero valor; dijo, sin añadir nada, de qué modo habia sido hecho prisionero, cómo habia sido conducido á la fortaleza de Castelnuovo, cómo habia disparado sin éxito sobre el bandido, y cómo este, por último, le habia despedido, regalándole un magnífico caballo en lugar del perdido: todos escucharon esta relacion con el silencio de la atencion y de la fé, excepto el capitán Altavilla, que espresó alguna duda sobre la veracidad del honrado sargento; por fortuna para Pablo Tomasi, el príncipe de Butera vino en su ayuda.

—Apostaria, dijo, que no hay cosa mas cierta que lo dicho por ese hombre, porque todos esos pormenores me parecen perfectamente adecuados al carácter de Pascual Bruno.

—¿Le conoceis? dijo el príncipe de Moncada-Paterno.

—He pasado una noche con él, respondió el príncipe de Butera.

—¿Y dónde?

—En vuestras tierras.

Entonces el príncipe refirió cómo se habian encontrado Pascual y él en el Castaño de los cien caballos; cómo le habia ofrecido servicio y lo habia rehusado, y cómo le habia prestado trescientas onzas. Al oír esto, Altavilla no pudo contener la risa.

—¿Y creéis que las devolverá, monseñor? dijo.

—Estoy seguro de ello, respondió el príncipe.

—Hay alguno mas aquí que haya visto y hablado á Pascual Bruno? dijo la princesa de Butera. Me gustan las historias de bandidos aunque me causan miedo.

—La condesa Gemma de Castelnuovo; dijo el albanés.

Gemma se estremeció; todas las miradas se fijaron en ella.

—¿Será cierto? exclamó el príncipe.

—Sí, respondió Gemma temblando; pero se me habia olvidado.

—Bien se acuerda él, murmuró el jóven albanés.

Todos se apiñaron al rededor de la condesa, que en vano quiso defenderse; tuvo que contar á su vez la escena con la cual hemos comenzado esta historia, y decir cómo Bruno habia penetrado en su cuarto, cómo el príncipe habia disparado sobre él, y cómo el bandido, para vengarse, habia matado el día de boda al marido de Teresa. Esta relacion era la mas terrible de todas, y causó en el ánimo de los oyentes una profunda emocion. Por toda la concurrencia circulaba una especie de estremecimiento, y á no ser por los trages y los adornos, nadie hubiera creído asistir á una fiesta.

—Por mi honor, dijo el capitán Altavilla interrumpiendo el silencio; el bandido acaba de cometer su mayor delito, entristeciendo la fiesta: hubiera podido perdonarle sus demás delitos; pero este, juro por mis charreteras vengarme de él, y desde ahora voy á dedicarme á perseguirle.

—¿Hablaís con formalidad, capitán Altavilla? dijo el albanés.

—Si, por mi honor; y afirmo aquí, que nada deseo tanto como encontrarme cara á cara con él.

—Es fácil, dijo friamente el albanés.

—Al que me prestara ese servicio, continuó Altavilla, daría...

—Es inútil fijar la recompensa, capitán; yo conozco á un hombre que os servirá de balde.

—¿Y dónde encontraré á ese hombre? replicó Altavilla con una sonrisa de duda.

—Si quereis seguirme me obligo á deciroslo.—Y diciendo esto el albanés salió, incitando al capitán á seguirle.

El capitán vaciló, pero habia avanzado mucho para retroceder; todas las miradas estaban clavadas en él, y comprendió que la menor debilidad comprometeria su reputacion; por otra parte, la proposicion le parecia una chanza.

—¡Vamos! exclamó; ¡todo en honra de las damas! Y siguió al albanés.

—¿Sabeis quién es ese jóven caballero disfrazado de albanés? dijo con trémula voz la condesa al príncipe de Butera.

—No, por mi alma, respondió el príncipe; ¿le conoce alguno?

Todos se miraron: nadie respondió.

—Con vuestro permiso, dijo Pablo Tomasi llevando la mano al sombrero; yo lo sé.

—¿Y quién es, valiente sargento?

—¡Pascual Bruno, monseñor!

La condesa dió un grito y se desmayó. Este incidente puso fin á la fiesta.

(Se continuará.)

A VALENCIA.

¡Salve, Valencia! cándida paloma
En tu lecho de flores recostada,
Rica perla arrojada
Por las olas del mar al suelo hispano.
Oloroso manzano
Que sobre alfombra de verdor descuella
De la tierra lujosa maravilla
Que en los pensiles brilla
Como en el cielo luminosa estrella.

¡Ciudad del Cid!... el mar besa tus muros
Y te acaricia con su blando arrullo,
Y cien huertas lozanas
Que el Turia baña, en brazos dividido,
Osténtanse galanas,
Adunando tambien, como Venecia,
Un lago trasparente;
Un sol siempre riente
A tu vegetacion da eterna vida
Y se respira un aromado ambiente
Que al ocio solo y al amor convida.

Mas no se deja el ágil valenciano
Por el clima enervar, que laborioso
Su inteligente mano
Agita sin cesar y el suelo esplota,
Aprovecha los dones de fortuna,
Vierte de su sudor la última gota:
Estimúlalo al par en su tarea
La vista de una flor, que en sus vergeles
Cual reina del eden se enseñoera.

Es la muger, que bajo el clima blando
De tan bello país, viene á la vida

Con su hermosura al corazón hablando,
La valenciana, tierna y candorosa,
De esbelto talle y de modesto aliño
A cuya tez de armiño
Su purpúreo color mezcla la rosa;
La cándida doncella
Que sin hacer de su beldad alarde
El corazón inflama
En la radiante hoguera
Que en las pupilas de sus ojos arde.

Tú conservas en torno,
Ciudad que al sarraceno
Arrancó de Vivar la ancha tizona,
Otras perlas en conchas transparentes
Que á tu altiva beldad sirven de adorno
Y esmaltan tu corona,
La hermosa Castellon, que España admira,
Játiva, con sus frutos y sus fuentes,
Y la graciosa y productora Alcira.
Tu fuerte ciudadela
Se levanta cual mudo centinela
Que en el harem custodia á la sultana;
La espléndida Aduana
Viene á sus pies, y sírvela de alfombra
La florida glorieta
A cuya grata sombra
Con la gloria y amor sueña el poeta;
El jardín de Parcent y el lindo huerto
De Berenguer, do brilla en sus nopales
El viviente carmin (1) que dá la púrpura
Dó crecen los morales
Que alimentan los cándidos gusanos
De donde emana la abundante seda,
Y fuera de los muros, la alameda
Que al Cabañal conduce
Y al dilatado puerto
Cuyas brisas agitan blandamente
De los bajeles en la altiva popa
Las mil banderas de la culta Europa.

Brotan, Valencia, en tu fecunda zona
De América el nogal y el chirimoyo
Junto al cainito, el plátano y la anona,
Y la real palmera
Dá al viento su dorada cabellera,
Y el tropical camey y la papaya
Y cuantas plantas, árboles y flores
El suelo esmaltan del inmenso globo,
Y de tus hijas para adorno y gala
Lilas y dalias y camelias crecen,
Y la sáfora y rosas de Vengala
A quien las auras en sus tallos mecen.

En tan risueño eden, la humana mente
Se inspira, y á cantar convida luego
Que es germen de poesía
Ese florido suelo, á quien envía
Un esplendente sol rayos de fuego,
Y en gloria de las letras españolas
Mil vates por doquiera se levantan
Y de su patria las hazañas cantan
Donde luz viera el inmortal Arolas.

¡Arolas! sí, ya viene á mi memoria
De mi lira al pulsar las febles cuerdas
Para cantar de su país la gloria;
Del sublime cantor, que del Oriente
Las pasiones pintó con audaz labio
Y de laureles coronó su frente;
Del malogrado sábio,
Del inspirado y singular poeta
Que allá en la cumbre del Parnaso asoma,
Que imitaba la musa de Mahoma
Y el arpa celestial del rey profeta.

Salud Valencia, adios, yo te saludo
Como del bosque en la enramada umbría
Saludan los arpados ruiseñores;
Duerme en tu lecho de fragantes flores
Y acoge el canto de la musa mía.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

HISTORIA DE UN PUÑAL CORSO.

Me habeis suplicado, caballero, que os cuente la historia de mi puñal; este puñal extraño, cuyo puño de adornos fantásticos ofrece una mezcla notable de lujo y de rusticidad, y cuyo acero tan fuerte por su base, tan agudo en la punta, causa una muerte rápida al que hiere.

Hace mucho tiempo que os le habria regalado ya, puesto que tanto os gusta, sino existiera en mi país un proverbio que dice: *quando coltello s'ida, amicizia se ne va*. De este modo no le tendreis sino á mi muerte, porque creo que no hay hoja ni punta que puedan cortar el recuerdo de una amistad sincera y arraigada.

Ahora bien; mientras llega la herencia, hé aquí la historia:

Si conocieseis nuestro peñon, si estuvierais iniciado en las costumbres de nues ros corsos de raza pura, de aquellos que no se han corrompido con la educacion del continente, como dicen los viejos de nuestro país, si pudiera

(1) Andrés Bello. Oda á la Agricultura de la zona tórrida.

mostraros esos hombres de rostro bronceado, de rasgos finos y regulares, de aire salvaje, con sus ojos de azabache, fosforescentes, sus miembros rechonchos, vigorosos y flexibles, sus pies ligeros que se agarran á las rocas como garfios de acero, y sus manos delicadas cuyos dedos de hierro juegan sin cesar con un arma oculta; si pudierais entrar conmigo en el hogar de esas familias austeras, tan orgullosas en la miseria, tan celosas de la honra de sus mugeres; si pudierais conocer el secreto de esos corazones donde el sentimiento de la venganza domina antes que todo, cuyo amor es mas cruel que suave, cuya pasion no se muestra nunca con caricias, y cuyos celos implacables estallan como el rayo, sin el relámpago precursor... entonces os produciría una impresion profunda el pequeño drama que voy á desarrollar á vuestros ojos.

Hace de esto cincuenta años, y la Córcega estaba muy lejos entonces del grado de civilizacion á que ha llegado ahora. Apenas emancipados del yugo de los genoveses, los habitantes sentian aun hervir en sus pechos la rabia que tan odiosa servidumbre produjera. Todo en su actitud, en sus ademanes y en sus palabras demostraba la desconfianza ó un dolor largo tiempo comprimido, y su espíritu, asi como su alma, habia conservado esa predisposicion á la acritud que dá la opresion al hombre. La justicia, nunca fácil de ejercer en la Córcega, era casi nula en el tiempo á que mi historia se refiere; Génova habia tiranizado, pero no gobernado á ese pueblo inteligente y valeroso, y el mas susceptible de ser formado para el bien y las buenas acciones; ahora bien, lo que llaman *vendetta*, costumbre bárbara de que sin duda habreis oido hablar, se ejercia en la isla por el pretexto mas ligero, y los culpables retirados á las montañas, donde sabian que ninguna ley les alcanzaba, y acosados allí por la miseria y el hambre, tenian horrorizada la isla con sus actos de pillaje. Entre estos bandidos en rebeldía, se encontraba un tal Pietro-Santo, hijo de Sartena en el Liamona, que desde hacia quince años robaba y tomaba en rehenes á sus conciudadanos, contra los cuales perpetraba una venganza que su abuelo le habia legado. En el número de las familias perseguidas por ese hombre terrible, habia una sobre todo, la de Giuseppe Roballini, que nada podia sustraer á su aborrecimiento. El hijo mayor de Roballini habia matado á un hermano de Santo defendiendo su vida contra ese pariente del bandido. Poco despues el desgraciado jóven fué hallado muerto de tres balazos y una puñalada, en un olivar. Sus cuatro hermanos, en épocas cercanas, perecieron de la misma manera, de modo que al viejo Giuseppe Roballini, de seis hijos que habia tenido, solo le quedaba una hija de veinte años, llamada Angeluccia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre.

Su hermosura y virtud tenian tanto renombre en la comarca, que cada cual se decia, que el hombre que se casara con ella habia de ser muy dichoso; pero aunque ya se habian presentado muchos pretendientes, el viejo Roballini los despedia á todos, y Angeluccia no experimentaba en ello la menor tristeza. Si las vecinas la hablaban de boda, ella mostraba sus vestidos de luto y respondia, que bastante tenia que hacer con llorar á sus hermanos y cuidar á su padre.

Era el 25 de marzo, fiesta de la Anunciacion; ya se habia dicho misa en todas las parroquias, y Angeluccia en la sala baja de la casa de Roballini estaba poniendo la mesa con la criada, para que comiera su padre.

Antiguamente era uso en la Córcega, y aun en el dia se ve en ciertas comarcas, que las mugeres, por respeto, no comiesen con los hombres de la familia. Roballini debia, pues, sentarse solo á la mesa; y sin embargo, su hija ponía seis cubiertos en la de Giuseppe: ¿esperaba alegres convidados? al verle en su sillón de juncos, con la mirada sombría, los brazos cruzados y el gorro puntiagudo metido hasta los ojos, era difícil presumir que el viejo corso se dispusiera á dar un convite.

En aquel momento un jóven entró en la sala, y sus pasos dejaron insensible al viejo.

Angeluccia, mas atenta sin duda, volvió la cabeza hácia el reciénvenido; se puso encarnada; se sonrió, y luego continuó sus faenas sin desplegar sus labios para saludar, como debe hacer toda muchacha corsa.

El reciénvenido era un arrogante jóven de veinticuatro años, bien configurado, con la cabeza erguida y notable por ese perfil de las medallas antiguas, comun á casi todos los corsos, y que muy á menudo les dá cierta semejanza de familia con el emperador Napoleon I.

—Buenos dias y que sea buena la fiesta, zi (1) Giuseppe, dijo el jóven despues de haberse detenido un instante en el umbral para contemplar á Angeluccia.

Giuseppe Roballini se estremeció como una persona á quien sacan de un sueño, y luego volvió á tomar su actitud pensativa.

—¡Ah! eres tú, Antonio, dijo con acento triste; ¿qué quieres en esta casa, donde se cuentan mas muertos que vivos? —Vengo á veros, porque hoy es fiesta, zi Giuseppe, respondió el jóven, y despues...

Antonio no acabó la frase; pero en su aire cortado se notaba, que en el fin de esta frase se hallaba la explicacion de su visita.

—En donde hay tantos puestos vacíos, las fiestas no son alegres, Antonio; y la mirada siniestra del anciano recorria lentamente la mesa con los seis cubiertos.

—¿Y por qué os empeñais en tener siempre delante las pruebas de vuestra desgracia, á pesar de los ruegos de vuestra hija?

—¿Será verdad lo que dicen, Antonio? exclamó Roballini levantándose; ¿serás gonovés por tu madre? ¡Corpo di Bacco! lo creo, pues de otro modo no me preguntarias, por qué hay seis cubiertos en mi mesa. ¿No sabes que en el

fondo de cada uno de esos platos veo una gota de sangre, y que es preciso que con la de mi enemigo la borre, pues es la sangre de mis hijos? Maldito sea yo si un solo dia olvido mi venganza... pero ya estoy viejo y achacoso, continuó el anciano con desaliento; ayer me faltaron fuerzas para levantar mi escopeta.

—Ya sabeis lo que os he dicho, zi Giuseppe, repuso Antonio acercándose á Roballini.

El viejo hizo un ademán de impaciencia, y se volvió á ver si Angeluccia estaba en la sala todavía.

La jóven parecia muy sosegada como si nada hubiera oido; sin embargo, un buen observador habria podido ver que sus manos temblaban cuando arreglaba el cestillo de frutas que debia sacar á su padre.

—Figlia, sube á tu cuarto y disponte para ir á visperas, dijo el anciano á su hija.

—¿Y quién os servirá la comida, padre mio? preguntó Angeluccia.

La criada te reemplazará hoy; tengo que hablar de negocios con el vecino Antonio y las mugeres están aqui de sobra.

Angeluccia dió dos ó tres vueltas por el cuarto, como si no tuviera deseo de salir de él y al fin se marchó echando una mirada detenida al jóven Antonio.

La puerta se quedó entreabierta.

—Antonio, dijo Roballini cuando vió que su hija habia salido, ¿cuántas veces te tendré que decir que por el nombre de mi padre he jurado, que nunca otro hombre que yo habitaria en esta casa, antes de que el asesino del último descendiente de los Roballini no caiga mordiendo el polvo?

—Lo que no se ha hecho antes puede hacerse despues, contestó Antonio.

—¿Quién conoce las vueltas del destino? repuso Giuseppe; la guerra contra un enemigo tal es peligrosa, y prefiero que Angeluccia lllore á su novio antes que á su marido. Además, añadió el viejo suspirando, estoy resuelto á mandarla al continente.

—¡Vuestra hija! ¡vuestra única hija, lejos de vuestro lado! exclamó Antonio, es imposible.

—La necesidad...

—No hay necesidad que deba privaros de vuestra hija: ¿qué vais á hacer solo en esta vieja casa? Jesus María, ¡y qué largas serán las noches; y los dias qué silenciosos! ¡Ah! zi Giuseppe no hagais eso, no lo hagais por vos mismo...

—Y quizá por otro tambien, ¿no es verdad, Antonio? dijo Roballini sonriendo, pues á pesar de los siniestros pensamientos que atacaban su espíritu, el anciano no podia permanecer insensible al cariño discreto y fiel que el pobre Antonio mostraba hacia dos años por Angeluccia.

—¿Pensais que vuestra hija consentirá en dejarnos? preguntó el jóven sonrojándose, pues las palabras de Roballini habian hecho latir vivamente su corazón.

—¿Y qué remedio tiene? dijo el pobre Giuseppe; ¿no vale mas que viva á cien leguas de aquí, en vez de que repose con los otros en las bóvedas de Santa Ana?

Antonio se puso pálido, cejijunto, sus ojos lanzaban fuego.

—¿Pietro-Santo quiere matar tambien á Angeluccia? exclamó apretando el mango del puñal que llevaba en el pecho.

—Yo solo conozco mis miserias, murmuró Giuseppe Roballini; pero no hablemos de eso; tu boda tiene otros muchos impedimentos, Antonio... Angeluccia carece de dote, y tu padre es un avaro... Mi hija no puede esponerse al qué dirán de las gentes.

—¿Y quién se atreverá á resollar tratándose de la muger de Antonio? repuso el jóven alzando la cabeza; además, mi padre dice que vuestra hija para nosotros es un buen partido.

—¡Ah! sí, exclamó Roballini con acento de triste ironía; tu padre ha echado las cuentas de la herencia que la muerte nos ha dejado, pero otro la habia echado antes que él, añadió con voz sorda y terrible.

El anciano se quedó pensativo; Antonio no se atrevió á pedirle la explicacion de las últimas palabras que habia pronunciado; mas sin embargo, como el silencio se prolongaba demasiado, al cabo llegó á decir:

—¿Con que no me llevaré una buena respuesta, zi Giuseppe?

—El viejo Roballini no tiene mas que una palabra, hijo mio; ya conoces mis ideas, y no las cambio.

—Prometeme tan solo que no se marchará vuestra hija.

—Mi hija se irá.

—En este momento la criada puso la comida sobre la mesa, Giuseppe se acercó lentamente, se quitó el gorro con respeto, murmuró una especie de canto acompañado (*ballatare*) en que se oia á cada instante la palabra *figli*, y luego principió su solitaria y fúnebre comida.

—Antonio sin atreverse á quedarse ni á turbar con sus palabras de despedida aquella dolorosa escena, se retiró en silencio.

No lejos de la puerta se encontró con Angeluccia, que con el dedo le señaló un jardinillo contiguo á la casa, donde en breve se hallaron juntos.

—Antonio, le dijo, yo hago aquí lo que quizá ninguna muger de mi familia ha hecho hasta hoy, y sentiria que esta accion os diera á pensar mal de mí.

—Estais muy alta en mi estimacion para que bajeis nunca, Angeluccia, contestó Antonio que apenas podia disimular su alegría, pues era la primera vez que se encontraba solo con la muger que amaba.

—He oido todo lo que os ha dicho mi padre, repuso la jóven.

—Entonces sabreis que me ha quitado toda esperanza.

—¡Pobre padre mio!

—Decid que es muy cruel, y no solo por mí, sino por él mismo; quiere alejaros de aquí; ¿cuándo os volverá á ver con los años que tiene?

—No acuseis á mi padre, Antonio; si me he decidido á hablaros en secreto, es porque he creido de mi deber defenderle á vuestros ojos. ¡Ay! ¡no conocéis todas las desgracias

que nos abruma! ¡no sabeis que Pietro-Santo no contento con haber asesinado á mis cinco hermanos, me persigue á mí con sus amenazas, y que solo con grandes rescates he conservado la vida hasta hoy! Tres veces ya mi padre ha enviado el dinero pedido al sitio designado por el infame; en el dia no le queda mas que mi escasa dote, y se acerca la época en que Santo reclamará dinero.

—¿Y qué hará vuestro padre, Angeluccia? preguntó el jóven encendido en ira.

—Le llevará mi dote, puesto que *ya no tenemos mas parientes*, respondió Angeluccia acentuando estas últimas palabras y mirando á su amante con ojos estraviados.

—¿Y qué os quedará pues?

—Nada, si yo lo dejara así, pero yo no quiero que mi pobre padre deba su pan á otros en el poco tiempo que le queda de vida.

—¿Qué pensais hacer? preguntó Antonio estremeciéndose.

—Iré á presentarme al puñal de Santo...

—Y os matará... exclamó Antonio; cien veces vale mas marcharse al continente.

—Y mi padre morirá sin venganza, y la sangre de mis hermanos no se lavará nunca, dijo la jóven con energia; nó, nó, es preciso que yo tambien perezca; entonces cuando digan en Sartena que Angeluccia la virtuosa, la hija única del viejo Giuseppe, la hermana de los cinco Roballini asesinados, ha muerto tambien, ya se encontrará un hombre de corazón que acabe con el monstruo de mi familia.

—Angeluccia, gritó Antonio seducido por aquel ímpetu sublime de amor filial, y si ese hombre os asegurase ahora mismo que está dispuesto á defenderos, ¿le diriais al fin que le amais?

—Murriendo Santo, le daría mi mano, dijo la jóven poniéndose encarnada.

—Y si pereciera defendiendos, ¿qué hariais?

—Siempre me quedará bastante dinero para ir á morir en un convento, respondió ella con firmeza.

—Creo en vuestras palabras, Angeluccia; adios, ya tocan á visperas en Santa Ana, id á la iglesia y orad por mí.

—Dios os guarde, respondió la jóven haciendo la señal de la cruz, y se separaron.

(Se concluirá.)

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO SEGUNDO.

EL PRINCIPE DISFRAZADO.

Hubo una vez un príncipe pobre, que era señor solamente de un pequeño reino; pero, aun así, como no le faltaba con que mantener á una esposa, pensó en casarse.

Algo atrevido pudo parecer en él el arriesgarse á pedir nada menos que la mano de la hija del emperador; sin embargo, es lo cierto que á ello se atrevió; pues, aunque no muy rico, era famoso su nombre en su tierra y en las estrañas y de sobra habia princesas que hubieran contestado con un sí á su demanda. Pero el caso estaba en saber si esta, á quien se dirigía, le habia ó no de dar la misma contestacion.

Muy pronto vamos á verlo. Sobre la tumba del padre del príncipe crecia un rosal. Por cierto que era un rosal lindísimo. Solo echaba flor una vez cada cinco años, y aun alcabo de tan largo período no daba mas que una rosa... pero ¡qué rosa! Su aroma tenia una virtud tan exquisita, que el que la olía olvidaba todas sus penas y quebrantos. Además de esto, poseia el jóven príncipe un ruiseñor, que cantaba como si todas las dulces melodías del mundo se agolpasen á la vez en su gorgojo. Ahora bien: el príncipe resolvió regalar á su pretendida princesa la rosa y el ruiseñor: para lo cual mandó hacer dos grandes cajas de plata en las cuales colocó su presente y lo envió.

El emperador dispuso que trajeran las dos cajas al magnífico salon, en que se hallaba con la princesa, que en aquel momento jugaba con sus camareras de honor al juego de

El príncipe vino
Y esposa me quiere.

Apenas vió ella las dos relucientes cajas, interrumpió el juego, y llena de júbilo principió á palmotear, corriendo gozosa á examinarlas.

—¡Ay! ¡Si viniera dentro un hermoso gatito!—exclamó. Pero se abrió la primera caja, y sacaron de ella un rosal, con una rosa.

—¿Qué elegante!—dijeron todas las camareras. —¡Mas que elegante, seductora!—añadió el padre de la princesa.

Pero esta, apenas la hubo visto, se echó poco menos que á llorar, y disgustada dijo:

—¡Ea! ¡papá! ¿Qué vale eso? No es hecha de mano; ¡no es mas que natural!

—¿Qué vale eso!—repitieron entonces, haciéndole eco, todas las camareras,—¡no es sino natural!

—Veamos lo que contiene la otra caja, antes de irrijararnos y quejarnos,—respondió el emperador.

Y sacaron el ruiseñor, y este cantó con tan maravilloso canto, que á nadie se le ocurrió de pronto que pudiese haber defecto que encontrar en él.

—¡Superbe! ¡charmant!—exclamaron todas las damas; pues todas, aunque mal, tenian la manía de hablar medio en francés.

(1) Zi, diminutivo de zio (tío), se aplica en Córcega, aun sin parentesco, á los hombres respetables por su posición ó por sus años.

—Me recuerda este pajarito,—se aventuró á decir uno de los gentilhombres de cámara,—la caja de música en que tanto se deleitaba la emperatriz difunta.

—Si es verdad,—dijo el emperador.

—¿Pero no será pájaro real y verdadero?—preguntó la princesa.

—Sí es; y pájaro muy de verdad:—contestaron los criados que lo habían traído.

—Pues entonces soltadle: no le quiero:—repitió la princesa, y se negó á recibir obsequio alguno del príncipe pretendiente.

Este, sin embargo, no se desanimó. Se pintó la cara de pardo y negro; se puso una gorra, que le cubría casi toda la frente; se disfrazó completamente, y llamó á la puerta del palacio del emperador.

—Buenos días, Magestad;—le dijo.—¿No podré hallar una ocupacion en palacio? Haré cualquiera servicio con que pueda ganarme un pedazo de pan.

—Tenemos tantos que solicitan ser empleados en palacio, que no hay nunca un oficio vacante; pero yo te tendré presente para cuando haya en qué ocuparte. ¡Mas espera; recuerdo ahora que se necesita un porquero que cuide de los cerdos.

En efecto, el príncipe aceptó la propuesta y se hizo porquero del emperador. Diéronle un mal rincón en que dormir, junto á la pocilga, y allí estuvo pasándolo como pudo algunos días. Trabajaba durante el día, y por la noche arregló en su cuartucho un puchero, al rededor del cual colocó una porcion de cascabeles y campanillas, y así que el puchero principiaba á hervir, dejaba escuchar tan suave y combinada armonía, que su sonido espresaba el motivo de aquella antigua cancion:

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!
¡ya la dicha se fugó!»

Pero lo mas singular del nuevo instrumento era que con aplicar el dedo al vapor que despedía el puchero, este dejaba de hervir, y se percibía entonces el olor de cuantas comidas se estaban cocinando á mas de cien leguas á la redonda. Este en verdad era tesoro de mas precio que la célebre rosa y el famoso ruseñor.

Acertó una noche la princesa á pasar por cerca de la pocilga, con sus damas de honor, y oyendo la melodía se detuvo, parándose á escuchar como deleitada: pues tocaba ella tambien en el clave la cancion de «¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!» que era la única que sabia, aunque la ejecutaba solo con un dedo.

—¡Calle!—esclamó,—esta es cabalmente la cancion que yo toco en el clavicordio de la emperatriz, mi difunta madre. Muy hábil debe de ser ese porquero, y muy suave ese instrumento. Entrad á preguntarle en cuánto quiere venderlo.

Una de las damas se acercó á la mezquina habitacion y preguntó:

—¿Cuánto pedís por ese instrumento?

—¡Pido diez besos de la princesa!

—¡Santo cielo! ¿qué estais diciendo?

—No lo doy en menos.

—¿Y bien?—preguntó la princesa á su mensajera—¿qué dice ese hombre?

—No me atrevo á repetíroslo.

—Pues dímelo al oido.

—¡Mal criado!—esclamó indignada la princesa, y dispúsose á partir para palacio; pero apenas hubo dado unos pocos pasos, los cascabeles volvieron á tocar tan encantadoramente el son de

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!»

que ella se sintió otra vez atraída, y dijo á la camarera:

—Vuelve allá y pregúntale si se contentará con diez besos de mis damas de honor.

—Gracias—contestó el porquero;—ó me dá la princesa en persona sus diez besos, ó me quedo con mi puchero.

—¡Vaya un empeño!—esclamó la princesa al oír esta respuesta.—¿Qué testarudo es el bueno del hombre! ¡Enhorabuena! Se vá á salir con la suya. Pero vais á ponerlos todos alrededor de mí de suerte que nadie pueda verme.

Y así fué. Las camareras se colocaron todas al rededor de la princesa, estendiendo sus vestidos todo lo posible para impedir que nadie pudiese ver lo que pasaba. El porquero recibió los diez besos del contrato, y ella se llevó el puchero.

¡Cuán encantada estaba con él! Toda aquella noche y todo el siguiente día estuvo el puchero hirviendo, y no hubo cocina alguna en todo el imperio, de la cual no supiese la hija del emperador qué era lo que se estaba cocinando en ella. Las damas de honor no cabían en sí de gozo. Su curiosidad había encontrado el mas sabroso alimento. Mientras el puchero hervía, ellas iban diciendo:

—Ahora vamos á saber quién va á comer pavo asado, quién tortillas con tomate; quién ajos y cebollas. ¡Qué interesante es esto!

—¡Sí; mucho! ¡pero cuidado no vayais á decirlo á nadie, pues soy hija del emperador!...

—¡Por supuesto!—respondian todas á la vez.

Entretanto el príncipe, en su nuevo disfraz, no dejaba pasar día sin trabajar en algo; y así fué que muy pronto fabricó una especie de matraca ó sonajero con un muelle aplicado de tal suerte, que con solo apretarlo tocaba el instrumento todos los walses, galops y polkas, que se habían compuesto desde la creacion del mundo.

—Esto es soberbio—dijo un día la princesa al oír aquella sonajería.—Jamás oí nada tan asombroso. Id á preguntarle cuánto pide por esa máquina. Mas decidle que no quiero darle mas besos. Una de las camareras cumplió con el mensaje y regresó diciendo:

—Exije cien besos de Vuestra Alteza Imperial. Ni uno menos.



LA CONCEPCION.

Escultura colocada sobre la puerta de los Leones de la catedral de Toledo.

—¡ Ese hombre está loco! No quiero tratos con él. Sin embargo, es deber de las personas de la córte favorecer las bellas artes. Soy hija del emperador y debo proteger á los artistas. Volved, pues, á decirle que le daré diez besos, como la primera vez, y que los restantes, hasta el total de ciento, los recibirá de mis damas de honor.

—Pero nosotras no tenemos que ver con esto. No hay para que vayamos á humillarnos.

—¡Tontería! Si yo le beso, bien podeis besarle vosotras. No os olvidéis de que soy princesa, y de que estais á mi servicio.

Las camareras fueron á llevar su nuevo mensaje; pero tuvieron que regresar con este ultimatum del porquero.

—O cien besos, todos de la princesa, ó no hay matraca.

—¡Pues bien! dijo con despecho la princesa. El sonajero ha de ser mio. Decid á ese hombre que venga. Pero acordaos de que todas habeis de rodearme para que nadie me vea.

Llegó el príncipe y comenzó á recibir su paga.

—¿Qué significan esa reunion y esa algazara junto á la pocilga?—preguntó el emperador, que acababa de asomarse al balcon.

Restregóse los ojos; se caló las antiparras, y mas atentamente se puso á observar aquella novedad.

—¿Qué veo? esclamó. ¡Son las damas de honor! Apuesto á que están haciendo alguna de las suyas. Pero á bien que allá voy yo, y verán con quién se las hán.

En efecto, quitóse los pantuflos, y á pié descalzo, pasito y de puntillas, se acercó precipitadamente y sin ser visto hasta donde estaban las damas, contando con la mayor atencion los besos del contrato, á fin de que no pasasen de la cuenta.

—¿Qué diantre estais haciendo?—esclamó furioso al ver tantos besos dados como á destajo.—Deteneos.

Y así diciendo, las arrojó los pantuflos á la cabeza, precisamente en el momento en que recibía el porquero el beso septuagésimo nono.

—¡Alejaos todos de mi vista!—continuó.—¡Salid de mi imperio!

Y hubo de hacerse así. Y la hija del emperador y el porquero anduvieron desde entonces desterrados.

—¡Cuán desdichada soy!—decía un día la princesa, errante por unos campos casi desiertos.—¡Ah! ¡Por qué no quise casarme con aquel príncipe tan buen mozo? ¡Por qué desprecié sus esquisitos regalos?

El porquero se retiró detrás de un árbol; se quitó de la cara el color pardo y negro; arrojó el disfraz que le cubría, y se presentó delante de la princesa, con ademan tan majestuoso y con aspecto tan galan, que ella no pudo menos de saludarle, inclinándose ante él con reverencia. Entonces él le dijo:

—He aprendido á despreciaros. Rechazásteis por vano capricho á un príncipe honrado. Os desdenásteis de aceptar su rosa y su ruseñor; pero no tuvisteis á menos el humillaros á dar besos á un porquero para conseguir un fútil juguete. Sufrid ahora el merecido castigo.

Así diciendo se volvió á su reino, y cerró la entrada en él á la princesa; la cual se quedó fuera de la puerta sollozando:

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!
¡Ya tu dicha se fugó!»

SAN PEDRO EN LA PRISION.

El grabado que publicamos en el presente número, está tomado del fresco de Rafael, que existe sobre el muro de la única ventana que tiene la sala llamada de Heliodoro, en el Vaticano, una de las conocidas con el nombre de *Salas de Rafael*.

El gran pintor representó en este cuadro á San Pedro en el acto de ser libertado de la prision por un ángel, tomando para su composicion el pasaje de la historia.

Dice esta, con relacion al hecho en que está basada la obra, que Anás y Caifás, observando la acogida con que era recibida la predicacion de los Apóstoles, hicieron prender en Jerusalem á San Juan y San Pedro; pero que despues de algun tiempo se les puso en libertad, prohibiéndoles explicar la santa doctrina del Crucificado. Esto, no obstante, los discípulos del Divino Maestro continuaron su obra de conversion; y visto su atrevimiento, se les encarceló de nuevo, por mandato de Herodes, custodiándoles con especial cuidado, siendo esta la ocasion en que un ángel les libertó milagrosamente de la prision.

Sobre este asunto está basada la composicion, que es como todas las de Rafael digna de especial estudio. Su dibujo es admirable; y una de las cosas que mas sorprenden en ella, es el partido que el inmortal artista supo sacar de la privacion de la luz en que está el muro, iluminando artificialmente la accion.

Con efecto: de las tres escenas en que está dividido el fresco, la del centro lo mismo que la de la derecha se hallan bañadas por el resplandor del ángel, mientras que la de la izquierda la iluminan el de la luna y el de una antorcha, produciendo un contraste maravilloso.

En cuanto al motivo que hubo para ejecutar este cuadro, hé aquí como se refiere:

El papa Leon X deseaba verse representado en las obras del artista, y en esta ocasion la halló para ser complacido.

Este pontífice, que antes de su exaltacion al trono se llamó Juan de Médicis, siendo cardenal legado, asistió á la batalla de Rávena en 9 de abril de 1512, en la cual fué hecho prisionero por los franceses; y como al ser trasportado á Francia, fuera salvado casi milagrosamente por sus parciales, de esta semejanza de situacion con el pasaje de la obra encargada á Rafael, nació el deseo del papa, que con el acierto que se deja conocer en todas sus pinturas, desempeñó el célebre artista en 1514 cuando solo tenia 31 años de edad.

LA ROSA Y EL TULIPAN.

EN EL ALBUM DE...

A una rosa que entreabria

su corola de amaranto,

oculto entre verde acanto

un tulipan le decia:

—Eres muy bella.

—Lo ignoro.

—¡Muy modesta!

—¡Me sonrojás!

—Si le han robado tus hojas

al sol los destellos de oro.

Eres reina del pensil,

que perfumas con tu azahar;

no engendra mayo y abril

flor que te pueda igualar.

—Tulipan, te muestras hoy

adulador con esceso.

—Te engañas, rosa, es que estoy

de tu amor en redes preso.

J. GARCIA DE LA FOZ.

Por todo lo no firmado,

R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.